

## NEOLIBERALISMO, SUBJETIVIDAD Y CUERPO

L. David Cáceres Rodríguez

(UNED-HERCRITIA)

El 3 de mayo de 1981 en unas declaraciones recogidas en el *Sunday Times* Margaret Thatcher revelaba, de forma inesperada y quizá no del todo deliberada, el secreto y núcleo de la doctrina neoliberal: «la economía es el método; el objetivo es cambiar el corazón y el alma»<sup>1</sup>. La afirmación de Margaret Thatcher, deslizada justo al final de la entrevista, expresa de modo telegráfico pero incisivo la dimensión profunda del neoliberalismo. La economía es la herramienta, sin duda, la economía y el gobierno de lo económico, pero esa herramienta imprime su labor sobre un material concreto, y la materia sobre la cual actúa no es otra que la subjetividad, el corazón y el alma de cada uno de los individuos. Traer a la luz la plenitud de sentido que se encierra en la breve aseveración de la dirigente británica es el objetivo de estas líneas, con ellas pretendo conducirme hasta la tramoya de eso que hemos dado en llamar neoliberalismo, acudir a su sala de máquinas, que no está, ni mucho menos, en los rascacielos de oficinas desde donde se opera el capital financiero, ni en los grupos de presión que chantajean a los gobiernos, tampoco en las instituciones transnacionales que determinan las políticas económicas nacionales y convierten la soberanía en no más que una palabra sin contenido, está más cerca de todos y cada uno de nosotros. Recorrer el trayecto desde la epidermis del fenómeno hasta lo más profundo de éste no implica desatender ni negar que el neoliberalismo requiere de un análisis *multicapa*, esto es, que involucra multitud de fenómenos y dinámicas en diferentes niveles, consiste más bien en ir deshaciendo la el bulbo de la cebolla hasta alcanzar el corazón de ésta.

Con este horizonte abordaré diferentes dimensiones del neoliberalismo intentando, a su vez, hacer ver que algunas definiciones que se han considerado contradictorias pueden caber si se asume una definición que integre diferentes niveles que van desde las dinámicas más evidentes hasta los modos más esquivos a la mirada teórica de construcción de los individuos, en otras palabras, desde las recetas económicas y sociales más elementales hasta el modo en que el neoliberalismo permea el modo de ver el mundo de los individuos, determina su cosmovisión y *conduce* sus conductas.

---

<sup>1</sup> Butt, R.: *Interview for Sunday Times* | *Margaret Thatcher Foundation*, 3 de mayo de 1981, <https://www.margarethatcher.org/document/104475>

## 1. De la epidermis a la médula del neoliberalismo

### 1.1. Epidermis: políticas públicas

En el año 2009 el mundo se enfrentaba, aún de forma más o menos incipiente, a la aguda crisis financiera y económica que azotó la economía global. Ese mismo año Barack Obama dictaba su discurso inaugural bajo una gran expectación centrada en las declaraciones que pudiera realizar acerca de la crisis. En mitad del discurso deslizó la siguiente afirmación: «la cuestión no es si el mercado es una fuerza para el bien o para la enfermedad. Su potencia para generar bienestar y expandir la libertad es incuestionable. Pero esta crisis nos ha recordado que sin un ojo vigilante el mercado se puede salir de control»<sup>2</sup>. La prensa no dudó en interpretar esta afirmación como una crítica y, quizá, una sentencia condenatoria al neoliberalismo. No podían estar más equivocados, y no porque la élite política no estuviera en disposición de liquidar el neoliberalismo, sino porque la definición que aportaba Obama o lo que se insinúa en su afirmación no se corresponde con la dinámica del neoliberalismo, sino con la del liberalismo decimonónico.

Con la misma insólita candidez, y hasta ingenuidad, se había manifestado menos de un año antes el, por entonces, presidente de la República de Francia Nicolas Sarkozy. A finales de septiembre de 2008, cuando la magnitud de la crisis aún no se podía intuir del todo, Sarkozy convocó una cumbre para diciembre con la intención de «refundar el capitalismo» y agregó que «la autorregulación para resolver los problemas se acabó»<sup>3</sup>. En ese mismo discurso Sarkozy insistió en la distinción entre capitalismo industrial y capitalismo financiero, demonizando este último y enfatizó que la era del *laissez faire* había finalizado: «le laissez faire, c'est fini», dijo.

Todas estas afirmaciones, miradas con una década de distancia, mueven, por una parte, a la indignación, pues ninguna de estas promesas *refundadoras* en un caso y *vigilantes* en el otro se cumplieron, más bien sucedió lo contrario, y por otra parte, despiertan una sonrisa irónica, desde la distancia del presente se nos presentan como enunciaciones del todo vacías. En cualquier caso, aunque hubiera existido una voluntad real de liquidar el neoliberalismo, difícilmente esa liquidación hubiera sido posible. El motivo es porque ninguno de los dos líderes estaba describiendo el neoliberalismo, al menos no, de ninguna manera, la verdadera tramoya del neoliberalismo. La perspectiva de ambos líderes, la concepción del neoliberalismo que se deduce de sus intervenciones, apenas rozaba la

---

<sup>2</sup> Steger, M. B. & Roy, R. K.: *Neoliberalism. A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 2010, p. 1.

<sup>3</sup> Font, J. M. M.: “Sarkozy propone refundar sobre bases éticas el capitalismo”, *El País*, 25 de septiembre de 2008, [https://elpais.com/diario/2008/09/26/internacional/1222380007\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2008/09/26/internacional/1222380007_850215.html)

epidermis del fenómeno neoliberal. Unos rasgos que, sin ser del todo desacertados, tienden a confundir neoliberalismo con liberalismo clásico, se valen de la asociación automática según la cual el prefijo *neo* viene a introducir una suerte de *modernización* o *readaptación* a los postulados básicos del liberalismo. Y no es así. En este sentido acertó Foucault en su curso de 1979 en el *Collège de France* cuando afirmó que: «no debemos hacernos ilusiones, el neoliberalismo actual no es en absoluto, como decimos con demasiada frecuencia, la vuelta de las viejas formas de la economía liberal, formuladas en el siglo XVIII y XIX y que el capitalismo actual reactivaría por una serie de razones que obedecerían tanto a su incapacidad, a las crisis que está atravesando, como a una cierta cantidad de objetivos políticos o más o menos locales y determinados»<sup>4</sup>. En el neoliberalismo las fuerzas gubernamentales no bajan los brazos frente a las dinámicas espontáneas del mercado, el neoliberalismo ha asumido que el libre mercado no se autorregula y, ni mucho menos, se autoequilibra. El neoliberalismo ha renunciado a la *teología liberal*, ha perdido la fe en la *armonía preestablecida* según la cual el equilibrio está asegurado bajo la égida de una liberación total de los mercados. Por tanto, en el neoliberalismo más que un desistimiento de los gobiernos, incluyendo las instituciones internacionales, lo que hay es una fuerte intervención, intervención en favor del mercado, del mercado entendido, eso sí, de un modo estrecho. Por ello, cuando Obama propone una *mirada vigilante* sobre el sistema económico olvida que las instituciones gubernamentales no sólo observaban ya los movimientos y las tendencias económicas, sino que las fomentaban. Lo mismo se puede decir del *laissez-faire* al que Sarkozy daba satisfecho la extremaunción, no se podía dar por muerto el *laissez-faire* porque tal cosa no existió jamás. A los mercados no se les ha *dejado hacer*, se ha promovido que hagan, que hagan en un sentido muy concreto. Y este empuje conforma los rasgos epidérmicos del neoliberalismo, el conjunto de rasgos programáticos que se han aplicado y que están a la vista de todos.

En un nivel epidérmico el neoliberalismo puede definirse conforme con las políticas públicas recogidas bajo la *fórmula DLP*, esto es, desregulación de la economía, liberalización de los intercambios y la industria y privatización del sector público y estatal<sup>5</sup>. Todos estos movimientos requieren de una potente intervención estatal; la acción gubernamental no se centra en dejar de legislar y regular en el ámbito financiero, es decir, la acción no es una forma de omisión, al contrario, las políticas públicas neoliberales tendentes a la desregulación

---

<sup>4</sup> Foucault, M.: *Naissance de la biopolitique*, París, Seuil/Gallimard, 2004, p.121.

<sup>5</sup> Steger, M. B. & Roy, R. K.: *Neoliberalism. A Very Short Introduction*, op. cit, p. 14.

han de esforzarse por deshacer la legislación que regulaba, controlaba y, en gran medida, influía sobre la economía. La labor de desregulación es todo lo contrario a un *dejar hacer*. Así, por ejemplo, entre las políticas neoliberales se incluye el recorte de los impuestos y la merma de la recaudación estatal, con el consiguiente esfuerzo por ir reduciendo el gasto del sector público, encajar las consecuencias, por lo general indeseables de todo ello, y contrarrestar la conflictividad social que se sigue. Por tanto, en contra de una opinión muy generalizada, el neoliberalismo no supone una retirada del Estado, sino una intervención briososa de éste. En este aspecto el neoliberalismo tiene una relación más que dudosa con el liberalismo clásico que proponía un Estado ausente, frugal y permisivo. Por tanto, en contra de la afirmación de Obama, el *pecado* del neoliberalismo no consistía en que el Estado hubiera protagonizado una retirada de tal magnitud que hubiera olvidado, incluso, lanzar su ojo avizor sobre el ámbito económico, muy al contrario, el Estado había y ha participado activamente, a través de bien trazadas políticas públicas, en el fomento de dinámicas desreguladoras, privatizadoras y liberalizadoras; no sólo ha sido el vigía, sino también el principal actor de todo ello.

Entre las políticas públicas neoliberales destaca la financiarización de la economía, que podría subsumirse como un mero efecto de la desregulación. Sin embargo, una mirada atenta nos muestra que tal financiarización no ha sido otra cosa, como agudamente muestra Maurizio Lazzarato, que una reconversión a una economía basada en la deuda, de tal modo que «economía de la deuda parece una expresión más apropiada que “finanzas” o “economía financiarizada”»<sup>6</sup>. El recurso a la deuda por parte de los Estados soberanos no aparece como un efecto sobrevenido e inevitable, sino como una decisión política tomada conscientemente. Cuando se decide, por ejemplo, y como sucedió con motivo de la crisis del 2008, cubrir los agujeros financieros que sufría la banca privada con deuda pública la decisión es plenamente consciente. Graeber recoge en pocas líneas el proceso:

A la estela del colapso por las hipotecas basura, el gobierno estadounidense se ha visto obligado a decidir quién ha de obtener realmente dinero de la nada: los financieros o los ciudadanos corrientes. Los resultados eran predecibles. A los bancos se los *rescató con dinero de los contribuyentes*, lo que, para entendernos, significa que se comenzó a tratar su dinero imaginario como si fuese real. A quienes tenían una hipoteca se los abandonó, mayoritariamente, a la compasión de los tribunales, bajo una ley de bancarrota que el

---

<sup>6</sup> Lazzarato, M.: *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Buenos Aires, Amorrortu, trad. H. Pons, 2019, p. 29.

Congreso, un año antes (de manera sospechosamente clarividente, deberíamos añadir, había reforzado a favor de los acreedores.<sup>7</sup>

Tras todo esto hay una decisión manifiesta, una decisión tomada a conciencia que implica un tipo concreto de gubernamentalidad. En ningún caso estamos frente a una retirada del Estado en favor de los mercados, pues es el propio Estado el que ha tomado esta decisión, con independencia de si era o no deseada por los *mercados*, entidad que, así nombrada, supone una apelación más que dudosa a una entidad metafísica. En realidad, lo que se está poniendo sobre la mesa con este *giro político* no es otra cosa que una redefinición de las relaciones de poder. «La deuda actúa a la vez como una máquina de captura, de “depredación” o de “punición” sobre la sociedad en su conjunto, como un instrumento de prescripción y gestión macroeconómica y como un dispositivo de redistribución de ingresos. Funciona, asimismo, en cuanto dispositivo de producción y “gobierno” de las subjetividades colectivas e individuales»<sup>8</sup>. El Estado, por tanto, no se retira en favor de los *mercados*, sino que cambia el tipo de políticas que hace y las metas de su propia acción.

Por todo ello, las afirmaciones de Obama o de Sarkozy parecen más exoneraciones de última hora, intentos de desviar la atención, que un diagnóstico de la crisis del capitalismo. En la historia efectiva del despliegue de las políticas neoliberales nos encontramos frente a un cambio de políticas que, jamás, implicaron muchas de las cosas que pregonaban. Así, por ejemplo, el discurso del gobierno de Margaret Thatcher en el Reino Unido en favor de una reducción drástica de los impuestos «acabó grabando a sus ciudadanos con un carga impositiva considerablemente mayor que la que habían soportado bajo el gobierno laborista»<sup>9</sup>, sin olvidar que los impuestos pasaron a recaer sobre las rentas bajas y medias mientras que las rentas más elevadas se vieron exoneradas de los tipos altos que en el pasado habían tenido que enfrentar. Es cierto, entonces, que Thatcher proponía una bajada de impuestos masiva, pero no llegó a decir explícitamente para quienes. Lo mismo podemos decir de la airada renuncia a las políticas económicas keynesianas en otro de los bastiones del neoliberalismo:

En el principal régimen neoliberal, los Estados Unidos del presidente Reagan, aunque oficialmente comprometidos con el conservadurismo fiscal (esto es, con el equilibrio

---

<sup>7</sup> Graeber, D.: *En deuda. Una historia alternativa de la economía*, Barcelona, Ariel, trad. J. A. Weyland, 2021, p. 504.

<sup>8</sup> Lazzarato, M.: *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, op. cit, p. 35.

<sup>9</sup> Hobsbawm, E.: *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, trad. Juan Faci, J. Ainaud, & C. Castells, 2019, p. 412.

presupuestario) y con el “monetarismo” de Milton Friedman, utilizaron en realidad métodos keynesianos para intentar salir de la depresión de 1979-1982, creando un déficit gigantesco y poniendo en marcha un no menos gigantesco plan armamentístico. Lejos de dejar el valor del dólar a merced del mercado y la ortodoxia monetaria, Washington volvió después de 1984 a la intervención deliberada a través de la presión diplomática.<sup>10</sup>

Por tanto, el neoliberalismo nunca aspiró a producir una *retirada del Estado* y allí donde le convenía a sus intereses, que trataremos prolijamente en el análisis de la capa intermedia del neoliberalismo, se valió de las herramientas de la economía keynesiana, eso sí, deshaciéndose de sus fines originales. Reagan al aumentar el gasto estatal no pretendía, ni mucho menos generar mayor empleo, o lograr una subida salarial paulatina para la clase obrera, muy al contrario. El neoliberalismo es una forma de *liberalismo cínico*, es decir, es el liberalismo de los que ya no creen en el liberalismo ni en la eficacia de sus mecanismos y usan el término, un concepto al cual aún se le puede suponer algún tipo de prestigio, tan sólo como disfraz, ¿de qué? Lo veremos a lo largo de las siguientes líneas.

El neoliberalismo en su capa epidérmica, como se ha expuesto, puede ser definido como un conjunto de políticas públicas siempre a medio realizar y deshonestas en su enunciación. Estas políticas públicas no implican un debilitamiento o minimización del Estado, ni mucho menos, sino que son posibles y se realizan por acción del propio Estado o, cuando menos, con su apoyo manifiesto. Es necesario, además, introducirse en la siguiente capa, en un nivel intermedio, para observar la finalidad que encierran este conjunto de políticas públicas o, mejor, las dinámicas que desencadenan. Para ello hay que poner la mirada en las dinámicas del capital que se vienen produciendo bajo la hegemonía de las políticas neoliberales.

## **1.2. La capa intermedia: las dinámicas del capital**

Hasta ahora nos hemos sumergido en la acción gubernamental, pero no en los motivos de esa acción. Desde una óptica marxiana la respuesta aparece nítida: el Estado no debe su obediencia a un determinado modo de producción, así la obediencia en el capitalismo es al capital y el capital está en unas manos concretas. David Harvey afirma que la *libertad* que encarna el *Estado neoliberal* «refleja los intereses de los dueños de la propiedad privada, los negocios, las corporaciones multinacionales y el capital financiero»<sup>11</sup>. Sin embargo, la senda

---

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> Harvey, D.: *A Brief History of Neoliberalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2005, p. 7.

neoliberal fue adoptada como conjunto de políticas públicas de forma relativamente reciente. El propio Harvey sitúa el momento decisivo en el margen que va de 1978 a 1980. Al hilo de la lectura de Harvey voy a centrarme brevemente en el tránsito de la economía política de la posguerra a la economía política neoliberal.

Tras los horrores de la Segunda Guerra Mundial la *intelligentsia* occidental entendió que no podía repetirse un episodio igual. Influyó, sin duda, la impresión de que entre los desencadenantes del auge del nazismo y el fascismo en Europa habían tenido un papel decisivo las crisis económicas que se desencadenaron en multitud de economías nacionales a partir de la crisis de 1929. Todo ello condujo a la propuesta de un fuerte intervencionismo estatal en la línea de incentivar una economía mixta y un intervencionismo en favor de la redistribución del capital. En palabra de Marzower:

Con una resistencia sorprendentemente reducida se adoptó por doquier el principio de intervención del Estado, bien en una economía mixta como en Europa occidental o en una economía planificada y controlada, como en Europa oriental. Tras esta evolución yacían el recuerdo de la crisis del capitalismo entre las dos guerras, el prestigio que el sistema soviético había logrado en la lucha contra el nazismo así como la impresión producida por los controles y el racionamiento de la época bélica de que la intervención del Estado podría incrementar la *imparcialidad social*»<sup>12</sup>.

Se abre así el periodo que Eric Hobsbawm denominará *la edad de oro*<sup>13</sup>. Un periodo caracterizado por la creación del Estado del Bienestar, con su función redistributiva e igualadora, un sistema que pretendía, en primer lugar, estrechar la desigualdad material con la intuición de que ello evitaría nuevos estallidos sociales y, en segundo lugar, atemperar el atractivo que pudiera despertar para la clase trabajadora europea la presencia de un sistema económico alternativo más allá del telón de acero. Las políticas redistributivas, asociadas a las propuestas socialdemócratas, fueron pronto aceptadas también por las formaciones conservadoras y democristianas. Un ejemplo excelente lo encontramos en el Reino Unido:

Al margen de las divisiones políticas, las reformas en materia de bienestar social introducidas por el laborismo fueron apoyadas ampliamente por todos los partidos (a diferencia de los cambios económicos, la nacionalización de las industrias y otras medidas políticas). Los conservadores reconocieron que no podía haber una vuelta atrás a la política de los años treinta. Admitieron la necesidad de cambio y se adaptaron bien a ella, inaugurando un período

---

<sup>12</sup> Marzower, M.: *La Europa Negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Valencia, Barlín, trad. G. Solana, 2017, p 239.

<sup>13</sup> Cf. Hobsbawm, E.: *Historia del siglo XX*, op. cit, pp. 229 y ss.

de notable consenso en lo relativo a los principios fundamentales de política social que duraría dos décadas.<sup>14</sup>

Por tanto, tras la Segunda Guerra Mundial y en plena reconstrucción europea se produjo un acuerdo entre capital y trabajo por el cual el capital cedía en el proceso de acumulación en favor de los trabajadores, un fenómeno singular y único. Sin duda, detrás de esta nueva postura se encuentra el impacto e, incluso, el trauma causado por la barbarie desencadenada desde mediados de la década de 1930 hasta 1945. La *edad de oro* se caracterizó por una bajísima tasa de desempleo en los países de Europa occidental, una media de un 1,5 por 100, una subida paulatina de sueldos acompañada de un crecimiento económico vigoroso y la creación de sistemas del bienestar amparados en una fiscalidad proporcional que incidía sobre las rentas altas<sup>15</sup>. Sin embargo, ha de tenerse presente que la prosperidad y creciente igualdad de la que disfrutaba Europa occidental y EEUU no estuvo acompañada por una prosperidad similar en el resto del planeta, al contrario, durante todo este periodo el resto de economías nacionales no disfrutaron de este auge económico y social. Bajo este fenómeno no se oculta que el crecimiento económico occidental estaba sostenido sobre la miseria de otras naciones y un deterioro ecológico masivo. En cualquier caso, el fenómeno que destaca en todo este periodo, por su singularidad histórica, reside en la cesión por parte del capital en favor de la estabilidad y cohesión social.

Sin embargo, a finales de la década de 1960 el modelo económico y social de posguerra comienza a desmoronarse. «Signos de una seria crisis del capital se aparece en todas partes»<sup>16</sup>; aumenta el paro y la inflación, se produce una crisis fiscal en varios países y, por primera vez, las políticas keynesianas que habían respaldado *la edad de oro* parecen no funcionar. En este contexto, la guerra arabe-israelí y el embargo de la OPEC en 1973 sirvió a las poderosas fuerzas reaccionarias de la élite para lanzar una campaña de cambio de paradigma. Hacia 1980 llegaron al poder varios gobiernos pertenecientes a la familia conservadora, comprometidos, al menos discursivamente, con el liberalismo económico y partidarios de sociedades construidas sobre el individualismo egoísta. Entre ellos destaca el gobierno de Ronald Reagan en Estados Unidos de América (1981-1989) y el de Margaret Thatcher en el Reino Unido (1979-1990). Detrás de todo ello hay un intento por intensificar el proceso de acumulación de capital o, en otras palabras, promover una reacumulación de

---

<sup>14</sup> Kershaw, I.: *Descenso a los infiernos. Europa, 1914-1949*, Barcelona, Crítica, trad. J. Rabasseda & T. de Lozoya, 2016, p. 646.

<sup>15</sup> Hobsbawm, E.: *Historia del siglo XX*, op. cit., p. 262.

<sup>16</sup> Harvey, D.: *A Brief History of Neoliberalism*, op. cit., p. 12.



capital.

Harvey no duda en caracterizar el neoliberalismo como «un vehículo para la restauración del poder de clase»<sup>17</sup> en un contexto, el de la crisis de la década de 1970, en el cual el proceso de acumulación de capital se había ralentizado. El proceso no consistió en la mera *liberación* de toda traba al capital por parte del Estado, sino que existió un proceso de colaboración entre Estado y capital para promover este fortalecimiento del poder de clase mediante la reacumulación de capital. No hemos de olvidar que «el nexo del Estado y las finanzas ha funcionado por mucho tiempo como el “sistema nervioso central” de la acumulación de capital»<sup>18</sup>. Por tanto, podemos concluir que en una capa intermedia el neoliberalismo implica tanto el «proyecto utópico consistente en el diseño teórico para una reorganización del capitalismo internacional como un proyecto político de restablecimiento de las condiciones para una acumulación de capital y una restauración del poder de las élites económicas»<sup>19</sup>.

De este modo podemos conciliar la definición epidérmica de neoliberalismo, esto es, la definición según la cual el neoliberalismo es un conjunto de políticas públicas, con una dimensión intermedia centrada en las dinámicas del capital según la cual las políticas públicas que se emprenden por parte de los Estados tienen una finalidad y dicha finalidad es la restauración del poder de clase por la vía de una reacumulación del capital. Sin embargo, falta una última dimensión, más profunda, que permitiría, no sin aparentes contradicciones que luego abordaremos, toda esta operación. Pues, cabe preguntarse, si detrás de este proceso se produce, como consecuencia, un empeoramiento de la vida de la mayoría de la población por la vía de un aumento de la desigualdad y un deterioro de las condiciones materiales de la existencia, ¿cómo es posible que el neoliberalismo pudiera avanzar sin apenas obstáculos sociales durante varias décadas? La respuesta creo que se encuentra en que el neoliberalismo es, en su dimensión más profunda, y por ello más relevante, un modo de subjetivación de los individuos.

### **1.3. El núcleo: un modo de subjetivación**

El neoliberalismo tal y como lo he descrito, es decir, el neoliberalismo concebido desde la perspectiva de las políticas públicas y las dinámicas del capital, dado que se ejerce sobre una población sobre la que recaen las consecuencias, requiere de una legitimación. ¿Qué

---

<sup>17</sup> Ibid. p. 31.

<sup>18</sup> Harvey, D.: *The Enigma of Capital and the Crisis of Capitalism*, Nueva York:Oxford University Press, 2010, p. 54.

<sup>19</sup> Harvey, D.: *A Brief History of Neoliberalism*, op. cit., p. 19.

mecanismos de legitimación tiene el neoliberalismo? ¿Cómo obtiene, en caso de tenerla, su legitimación?

El neoliberalismo no puede obtener su legitimación por la vía democrática, no al menos aportando los argumentos de su propia definición. Y aquí, por vía democrática, quiero aludir a la raíz del término: el neoliberalismo no puede legitimarse mediante el asentimiento de la mayor parte del *demos* porque en tanto que promueve la reacumulación por parte de unos pocos por la vía de la desposesión de la mayoría no parece encontrarse ningún motivo racional por el cual la mayoría lo pudiera desear. A su vez, siguiendo la expresión de Habermas<sup>20</sup>, en un sentido no del todo ajustado al del autor, tampoco parece producir *sentido*, es decir, el neoliberalismo no ofrece un horizonte común de inteligibilidad ni una meta colectiva a la que apuntar, aunque, ciertamente, puede ofrecer un conjunto de metas individuales de carácter aspiracional la suma de metas individuales no constituye un sentido común. Finalmente, aunque en múltiples ocasiones las políticas neoliberales se han impuesto por la vía de la violencia y la represión, siendo el ejemplo paradigmático el golpe de Pinochet en Chile en 1973, y pese a que muchos teóricos del neoliberalismo como Friedrich Hayek justificaron las dictaduras<sup>21</sup>, lo cierto es que el modelo neoliberal ha prosperado en contextos de democracia representativa. Por ello, sostener que la *legitimidad* del neoliberalismo proviene de la fuerza, la violencia o la coerción no es posible. Entonces hemos de buscar la fuente de legitimación del neoliberalismo en otro lugar. En otras palabras, es imprescindible indagar en las *condiciones de aceptabilidad* por parte de los individuos que permiten al neoliberalismo expandirse sin una oposición que descarrile sus aspiraciones. Para intentar aportar luz a las preguntas arriba abiertas acudiré a una obra germinal y, en algunos aspectos, premonitoria: el curso impartido por Michel Foucault en el *Collège de France* en el curso académico 1978-1979 bajo el título *El nacimiento de la biopolítica*.

En el *Nacimiento de la biopolítica* Foucault traza una genealogía del liberalismo y el neoliberalismo. Como bien indica Castro-Gómez: «lo que fascina a Foucault es el modo en que el liberalismo y el neoliberalismo son capaces de crear un *ethos*, unas *condiciones de aceptabilidad* en donde los sujetos se experimentan como libres aunque los objetivos de su conducta son puestos por otros»<sup>22</sup>. En su recorrido genealógico en torno a la noción de

---

<sup>20</sup> Cf. Habermas, J.: *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Madrid, Cátedra, trad. J. L. Etcheverrey, 1999.

<sup>21</sup> Cf. Filip, B.: “Hayek on Limited Democracy, Dictatorships, and the ‘Free’ Market: An Interview in Argentina, 1977” en: R. Leeson (Ed.): *Hayek: A Collaborative Biography*, Cham, Springer International Publishing, 2018, pp. 395-422.

<sup>22</sup> Castro-Gómez, S.: *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2010, p. 14.

liberalismo y neoliberalismo Foucault emprende un análisis comparado entre el ordoliberalismo y el neoliberalismo norteamericano como las dos raíces del neoliberalismo contemporáneo. Sitúa en la matriz teórica del ordoliberalismo la concepción del ser humano como una empresa, es decir, para el ordoliberalismo «es necesario que la vida misma del individuo —como por ejemplo su relación con la propiedad privada, su relación con su familia, con su pareja, su relación con sus seguros, con su jubilación— se convierta en una suerte de empresa permanente y múltiple»<sup>23</sup>. Sin embargo, en el ordoliberalismo se acogió esta idea con reticencias, en particular, porque esta concepción implicaba ampliar a todo el campo social la noción de competencia y esta operación podía tener, a juicio de teóricos del ordoliberalismo como Röpke, consecuencias disolventes. No fue así en el terreno del neoliberalismo norteamericano. En el ámbito anglosajón se propuso que el modo de comprensión del mercado fuera el principio de inteligibilidad de todos los ámbitos de la vida humana: «lo que significa que el análisis en términos de economía de mercado, dicho de otro modo, en términos de oferta y de demanda, va a servir como esquema que se puede aplicar a todos los dominios no económicos»<sup>24</sup>. Resulta esclarecedora la lectura que hace Foucault de esta aplicación al ámbito de la maternidad. Un análisis según los criterios del neoliberalismo anglosajón implicaría que la maternidad puede ser asimilada como el esfuerzo que se realiza para generar capital humano. La inversión en la crianza es el modo de obtener un descendiente que pueda enfrentarse al mundo ofreciéndose como dotado de un alto capital humano que, eventualmente, podrá devenir en una alta renta monetaria en la vida adulta. A su vez, los cuidados apropiados y meticulosos podrían producir a la madre una renta psíquica en forma de satisfacción. Y en la explicación anterior tocamos hueso; concebir al ser humano como capital humano es el gran hallazgo antropológico del neoliberalismo norteamericano.

Una observación detenida nos devuelve que si se concibe al mercado como grilla de inteligibilidad estamos frente a la génesis de un nuevo tipo de racionalidad. Por este motivo, siguiendo a Foucault, Laval y Dardot han afirmado que «el neoliberalismo, antes que una ideología o una política económica es, de entrada y ante todo, una racionalidad»<sup>25</sup>. Una racionalidad que opera mediante el reduccionismo de la razón humana, en otras palabras, un aplanamiento unidimensional de la razón. Por ello, el neoliberalismo lleva a cabo un estrechamiento de las posibilidades humanas, también de las posibilidades de comprender y asir de algún modo el mundo, reduciendo toda comprensión humana a un conjunto de

---

<sup>23</sup> Foucault, M. (2004). *Naissance de la biopolitique*, op. cit., p. 247.

<sup>24</sup> *Ibid.* p. 249.

<sup>25</sup> Laval, C., & Dardot, P.: *La nueva razón del mundo. Ensayos sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa, trad. A. Diez, 2013, p. 15.

mecanismos que, artificialmente, se considera que son connaturales a los mecanismos de mercado. Doble simplificación, por tanto, por un lado se asimila el mercado a un conjunto de operaciones sencillas, como son la oferta y demanda, y, por otro, se somete la razón a una operación de aplanamiento para que emplee estas herramientas heurísticas a la hora de comprender el mundo. En el plano de la acción, en el terreno de la razón práctica, la exigencia es la misma; el sujeto, devenido empresa, habrá de actuar según los criterios mercantiles que, se sostiene, rigen el mundo. Bajo la óptica neoliberal, entonces, los individuos no tienen amigos, tienen *contactos*, no estudian en pos de la verdad, la justicia, la belleza, la comprensión, ni mucho menos del saber, sino para acrecentar su *valor de mercado* como *capital humano*, tampoco tienen un hogar, sino una *inversión* o un *activo*. En definitiva, pareciera que lo más apropiado para representar el mundo, en esta nueva era, sea más una tabla de *excel* que un tratado con carga conceptual.

Con la aparición de esta nueva racionalidad irrumpe el *homo economicus*, la forma paradigmática de subjetivación del neoliberalismo. En el *homo economicus* confluyen los objetivos gubernamentales del neoliberalismo con la voluntad de los individuos que son objeto de esa gubernamentalidad. En otras palabras, el gran hallazgo del neoliberalismo es que no se ve obligado a imponer conductas, sino que ha logrado que exista un estrecho paralelismo entre los objetivos gubernamentales y el modo en el que los individuos disponen de su libertad, el modo en que se rigen en su vida, el modo en que eligen y toman decisiones. Se ha impuesto la conducta guiada por criterios de interés egoísta, pero se ha hecho coincidir ese interés individual con la estrechez de opciones propias de un modo angosto de pensar el mundo. Por este motivo afirma Foucault que «el *homo economicus* es el hombre eminentemente gobernable»<sup>26</sup>.

## **2. La subjetividad neoliberal y el agotamiento de sí**

La subjetividad neoliberal, como hemos visto, se articula en torno al *homo economicus*, pero ya no como el *homo economicus* en un sentido clásico, es decir, como un socio de intercambio en el seno de un conjunto de relaciones mercantiles. El nuevo *homo economicus* del neoliberalismo aparece como *empresario de sí mismo*, «siendo para sí mismo su propio capital, siendo para sí mismo su propio productor, siendo para sí mismo la fuente de sus ingresos»<sup>27</sup>. El individuo como empresario de sí mismo tiene en su propia persona, en su propio cuerpo y en su andamiaje intelectual todo su valor; se tiene a sí mismo como un

---

<sup>26</sup> Foucault, M. (2004). *Naissance de la biopolitique*, op. cit., p. 274.

<sup>27</sup> Ibid. 232.

elemento dispuesto para la inversión. De este modo, las mejoras que realice sobre sí podrán llevarse al mercado con el fin de hacerse más rentable para sí mismo. No se trata ya, como sucedía en otros enfoques, de vender o entregar tu tiempo de trabajo a cambio de un salario, sino de maximizar el propio valor, de hacer de uno mismo la fuente de la cual extraer una renta. El trabajo es visto, en el neoliberalismo, como un elemento accesorio del cual obtener un fuente de ingreso más, entre otras muchas, y, por ello, no deja de ser una inversión. Así, la vida se convierte en un proceso siempre inconcluso de autoexplotación, no sólo laboral, para hacer del sí mismo la fuente más eficaz de obtención de rentas. La educación, la mejora del aspecto físico, el cultivo de los contactos, incluso la posesión de una cierta cultura, todo ello y mucho más, todas las esferas de la vida, se enfocan en la obtención de un producto que pueda competir en el mercado, el producto es el propio individuo.

El trabajo, que en algunos momentos pudo observarse como un derecho, es ahora un producto del automejoramiento emprendedor de los individuos. En el contexto en el cual el individuo opera *como* si fuera una empresa no cabe construir la identidad personal en torno a una identidad laboral, sino que el individuo circunstancialmente, en tanto empresa, vende u ofrece servicios a otra empresa mayor que, en definitiva, está subcontratando servicios. Los trabajadores de una fábrica dejan de ser así obreros encargados de la producción de tal o cual producto, ahora son empresas atomizadas que, individualmente y bajo su riesgo, han logrado que una compañía superior requiera de sus servicios. Esto y no otra cosa, me parece, es el posfordismo. En este cambio de perspectiva se diluye cualquier identidad compartida, ahora todos los obreros, *obrerros-empresa*, compiten entre sí para ser aquí y allá requeridos, se diluye con la identidad compartida cualquier posibilidad de solidaridad de clase. En este contexto no es extraño que aparezca el *precariado* como la figura paradigmática del neoliberalismo. Guy Standing ensaya una definición de precariado en la cual enfatiza, como rasgo central, la inseguridad: inseguridad laboral, inseguridad en los ingresos, inseguridad en el empleo, inseguridad en la reproducción de habilidades, inseguridad en la representación, en definitiva, la vida del *homo economicus* está determinada por la inseguridad. Y que esta inseguridad haya logrado penetrar en los sistemas económicos, en la legislación laboral, en la vida cotidiana, todo ello requería de un suelo subjetivo en el cual pudiera prosperar, ese suelo subjetivo, esas *condiciones de aceptabilidad*, vienen dadas con la emergencia de la subjetividad neoliberal porque para el individuo como empresario de sí mismo no cabe mayor resguardo que el que puede proporcionar una permanente *recapitalización* del sí mismo para poder ofrecerse una y otra vez al mercado. Se apela, eufemísticamente, a la flexibilidad, fluidez, resiliencia, pero de este esfuerzo de autoexplotación lo que se obtiene no es otra cosa

que la precariedad. La atomización, que he situado en la creación de todo un imaginario subjetivo en torno al individuo como empresario de sí, da lugar a individuos cuya identidad carece de referentes comunitarios. Por ello afirma Guy Standing que «el precariado no se siente parte de una comunidad laboral solidaria» y añade que «carece de una identidad laboral»<sup>28</sup>. La subjetividad neoliberal produce una atomización de la comunidad hasta disolverla. No es extraño, como bien adelantó en fechas muy tempranas Christopher Lasch<sup>29</sup>, que la gran figura psicológica de la subjetividad neoliberal sea la del narcisista.

La subjetividad neoliberal, que ha arrancado a los individuos de la sociedad, se articula en torno a la competitividad, dado que sólo existen agentes individuales, y esos agentes han de ofrecerse, éstos están en permanente competición entre sí. La competición requiere de un mejoramiento incesante del principal capital que se posee, que no deja de ser uno mismo. Laval y Dardot han dado cuenta oportunamente de todo ello:

El nuevo gobierno de los sujetos supone, en efecto, que la empresa no sea, de entrada, una comunidad o un lugar de plenitud sino un espacio de competición. Ante todo, se plantea como el lugar de todas las innovaciones, del cambio permanente, de la adaptación continua a las variaciones de la demanda del mercado, de la búsqueda de la excelencia, del «cero defectos». De este modo se ordena al sujeto que se someta interiormente, mediante un constante trabajo sobre sí mismo, a esta imagen: debe velar constantemente por ser lo más eficaz posible, mostrarse como completamente entregado a su trabajo, tiene que perfeccionarse mediante un aprendizaje continuo, aceptar la mayor flexibilidad requerida por los cambios incesantes que imponen los mercados. Experto en sí mismo, su propio empleador, también su inventor y empresario: la racionalidad neoliberal empuja al yo a actuar sobre sí mismo para reforzarse y así sobrevivir en la competición.<sup>30</sup>

Un elemento que se sigue de esta demanda de la gubernamentalidad neoliberal es que en un entorno de competitividad feroz los individuos están obligados, si no quieren quedar fuera del mercado como producto, a *autovalorizarse*. Es aquí donde entra en juego la mejora del sí mismo, la mejora en el sentido de lo que el *mercado* demanda. El habitante de esta época, como ha sucedido en otros muchos periodos, emplea un tiempo de su vida en el trabajo remunerado, pero luego no descansa, no puede descansar, sino que tiene que emplear lo que antes hubiera sido su *tiempo libre* en adquirir nuevas destrezas, en conocer nuevos

---

<sup>28</sup> Standing, G.: *The Precariat*, Nueva York, Bloomsbury, 2011, p. 12.

<sup>29</sup> Lasch, Ch.: *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations*, Nueva York: W. W. Norton, 1991.

<sup>30</sup> Laval, C., & Dardot, P.: *La nueva razón del mundo. Ensayos sobre la sociedad neoliberal*, op. cit., p. 335.

contactos, en dotarse de un acervo cultural que pueda serle útil, en formarse. Toda la vida fuera del trabajo es trabajo también, *trabajo de autovalorización*. Cuidado con emplear el precioso tiempo cultivando amistades que no puedan ser potenciales contactos para ofrecer, directa o indirectamente, tus servicios como empresa, cuidado con ello porque es un tiempo que pierdes al margen de la labor de autovalorización, un tiempo perdido. Incluso el consumo cultural se convierte en una mercancía que se incorpora al sí mismo como mercancía; una capa de cultura, una capa de conocimiento, todo ello también revaloriza el producto que somos. La vida se convierte en una carrera sin una meta porque el proceso de autovalorización está siempre inacabado.

La subjetividad neoliberal, construida bajo los criterios de una racionalidad de mercado cuya tendencia es considerar al sí mismo como una empresa, atomizada y lanzada sin ningún escudo al ámbito de la competencia más feroz tropieza entonces con un obstáculo: la subjetividad anida y se construye en un cuerpo, es un cuerpo, y el cuerpo se fatiga, se agota, enferma, deja de resistir. En otras palabras, al individuo neoliberal se le exige que sea fluido como un líquido, pero el cuerpo no es líquido, al menos, no es todo él líquido, sus huesos se rompen, sus músculos se desgarran, el cerebro y el sistema nervioso se agotan. Y es aquí donde la gubernamentalidad neoliberal está empezando a encontrar sus límites. A la intemperie hace frío, y el cuerpo es capaz de sentirlo.

Byung-Chul Han ha aludido para dar cuenta de este fenómeno a la *sociedad del cansancio*, un agotamiento que se sigue del mandato imperativo de rendimiento, de la subsunción de todas las esferas de la que podría ser una vida rica a una sóla: la esfera de la productividad que tiene como materia prima el sí mismo. Recoge, creo que con acierto, el carácter dispersivo que tiene cuando afirma que «el cansancio de la sociedad de rendimiento es un cansancio a solas, que aísla y divide»<sup>31</sup>. El cansancio solitario al que alude Han tiene como consecuencia un efecto inesperado: el individuo narcisista, incapaz de concebir nada fuera de sí, centrado en su proceso de permanente mejoramiento, en el aumento de su valor, concentrado en equiparse para un mundo de competición, reconvertido en capital humano, en especial en capital, termina agotado no sólo por la actividad, por el exceso de rendimiento, acaba en última instancia fatigado de sí mismo, de hacer de él mismo su campo de batalla. De este modo, la subjetividad neoliberal contiene en su seno su propia contradicción: trae consigo una fatiga de sí. Por ello creo que debemos prestar atención a este triple agotamiento, en efecto, es indudable que existe un agotamiento físico, un cansancio, incluso una

---

<sup>31</sup> Han, B.-C.: *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, trad. A. Saratxaga Arregi, 2012, p. 72.

autodestrucción, como bien se refleja en las figuras más extremas del neoliberalismo, por ejemplo, en el empleado de servicios financieros que se ve obligado a consumir drogas estimulantes para resistir las largas jornadas, pero también en figuras más cotidianas, como la camarera de piso que ha desarrollado hernias discales que le impiden apenas moverse. También existe un agotamiento psicológico que explica por qué para muchos la depresión es la pandemia del siglo XXI, como confirman los datos de la OMS<sup>32</sup>. Finalmente, la subjetividad neoliberal produce un *agotamiento de sí* mismo, un *agotamiento identitario*.

El *agotamiento de sí* está más allá del malestar estrictamente psicológico, implica un deseo de huida, un deseo de abandono de la propia identidad. No se aspira a superar un cierto estado anímico o dar salida a un conjunto de emociones o pensamientos que rumian en el interior, va más allá porque el agotamiento de sí supone un deseo de dejar de ser quienes somos, un deseo de no seguir sosteniendo el esfuerzo autoconstructivo al que nos ha lanzado la subjetivación neoliberal. Según creo, a ello se refiere Eudald Espluga cuando dice que: «el esfuerzo de ser nosotros mismos es demasiado costoso y agotador, una pasión degradante que nos impide escapar de una precariedad material y metafísica, de la autoexplotación infinita de nuestra sensibilidad»<sup>33</sup>. Estamos ante los límites del cuerpo y de la identidad.

Mucho se ha apelado al santo grial del pensamiento foucaultiano, esto es, al lugar desde donde podría hacerse posible la resistencia al poder. No es este el lugar para abordar esa encrucijada pero sí, y dado que nos hemos topado con el cuerpo, quizá sea el momento de volver sobre un misterioso pasaje en la obra del pensador francés. Dice al final del primer tomo de *Historia de la sexualidad*:

No hay que creer que diciendo sí al sexo se dice no al poder; se sigue, por el contrario, el hilo del dispositivo general de sexualidad. Si mediante la inversión táctica de los diversos mecanismos de la sexualidad se quiere hacer valer, contra el poder, los cuerpos, los placeres, los saberes en su multiplicidad y posibilidad de resistencia, conviene liberarse primero de la instancia del sexo. Contra el dispositivo de sexualidad, el punto de apoyo del contraataque no debe ser el sexo-deseo, sino los cuerpos y placeres.<sup>34</sup>

De modo inesperado se desliza en el discurso de Foucault un indicio; es uno de los pocos lugares donde Foucault desvincula los cuerpos de los mecanismos de poder, es decir, aquí aparecen los cuerpos y los placeres ya no como productos de las prácticas y los

---

<sup>32</sup> OMS: *Depression*, 2021, <https://www.who.int/news-room/fact-sheets/detail/depression>

<sup>33</sup> Espluga, E.: *No seas tú mismo*, Barcelona, Paidós, 2021, p. 123.

<sup>34</sup> Foucault, M.: *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, trad. U. Guiñazú, 2007, p. 167.



discursos, ya no como productos del poder, sino como algo anterior y, por tanto, un lugar desde donde es posible comenzar a producir o, al menos, a pensar formas formas de resistencia. En la interpretación que hace Mark Poster de estas líneas concluye que si procedemos bajo estos criterios hermenéuticos cabría deshacer «la interpretación de Foucault como un pesimista que no ve escape a la dominación»<sup>35</sup>. Por este mismo motivo me parece interesante arrojar luz sobre el momento en el cual el cuerpo aparece como límite por debajo de los mecanismos de poder, bajo un poder que no constriñe y castiga, sino que produce sigilosamente subjetividades. El encontronazo con los límites del cuerpo en el modo de subjetivación neoliberal me parece, si no me equivoco, que es el lugar desde el cual es posible comenzar a pensar una resistencia.

## BIBLIOGRAFÍA

BUTT, R. (1981): *Interview for Sunday Times | Margaret Thatcher Foundation*.

<https://www.margaretthatcher.org/document/104475>

CASTRO-GÓMEZ, S. (2010): *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado,*

*liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

ESPLUGA, E. (2021): *No seas tú mismo*, Barcelona, Paidós.

FILIP, B. (2018): “Hayek on Limited Democracy, Dictatorships, and the ‘Free’ Market: An

Interview in Argentina, 1977” en R. Leeson (Ed.), *Hayek: A Collaborative Biography*,

Cham, Springer International Publishing.

[https://doi.org/10.1007/978-3-319-91358-2\\_10](https://doi.org/10.1007/978-3-319-91358-2_10)

FONT, J. M. M. (2008): “Sarkozy propone refundar sobre bases éticas el capitalismo”, *El*

*País*. [https://elpais.com/diario/2008/09/26/internacional/1222380007\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2008/09/26/internacional/1222380007_850215.html)

FOUCAULT, M.: (2004). *Naissance de la biopolitique*, París, Seuil/Gallimard.

- (2007). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, trad. U.

Guiñazú.

GRAEBER, D. (2021): *En deuda. Una historia alternativa de la economía*, Barcelona, Ariel,

---

<sup>35</sup> Poster, M. (1987). *Foucault, marxismo e historia* (R. Alcalde, Trad.). Paidós, p. 58.

- trad. J. A. Weyland.
- HABERMAS, J. (1999): *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Barcelona, Cátedra, trad. J. L. Etcheverrey.
- HAN, B.-C. (2012): *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, trad. A. Saratxaga Arregi.
- HARVEY, D. (2005): *A Brief History of Neoliberalism*, Nueva York, Oxford University Press.
- (2010). *The Enigma of Capital and the Crisis of Capitalism*, Nueva York, Oxford University Press.
- HOBBSBAWM, E. (2019). *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, trad. Juan Faci, J. Ainaud, & C. Castells.
- KERSHAW, I. (2016). *Descenso a los infiernos. Europa, 1914-1949*, Barcelona, Crítica, trad. J. Rabasseda & T. de Lozoya.
- LASCH, Ch. (1991): *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations*, Nueva York, W. W. Norton.
- LAVAL, C., & DARDOT, P. (2013): *La nueva razón del mundo. Ensayos sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa, trad. A. Diez.
- LAZZARATO, M. (2019). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Buenos Aires, Amorrortu, trad. H. Pons.
- MARZOWER, M. (2017). *La Europa Negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Valencia, Barlín, trad. G. Solana.
- OMS. (2021): *Depression*. <https://www.who.int/news-room/fact-sheets/detail/depression>
- POSTER, M. (1987): *Foucault, marxismo e historia*, Barcelona, Paidós, trad. R. Alcalde.
- STANDING, G. (2011). *The Precariat*, Nueva York, Bloomsbury.
- STEGER, M. B., & ROY, R. K. (2010): *Neoliberalism. A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press.